



El patrimonio cultural de México

Enrique Florescano
(compilador)



Primera edición, 1993

EL PATRIMONIO
CULTURAL DE MÉXICO

D.R. © 1993, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S.A. DE C.V.
Carretera Picacho-Ajusco 227, 14200 México, D.F.

ISBN 968-16-4050-0

Impreso en México

ÍNDICE

Advertencia	7
I.El patrimonio cultural y la política de la cultura, por <i>Enrique Florescano</i>	9
II.Nuestro patrimonio cultural: un laberinto de significados, por <i>Guillermo Bonfil Batalla</i>	19
Instrucciones para entrar al laberinto	19
Las múltiples puertas del laberinto	22
Las reglas del juego.....	25
Falsas salidas y algunas luces.....	30
El laberinto de la solidaridad	36
III.Los usos sociales del patrimonio cultural, por <i>Néstor García Canclini</i>	41
Patrimonio cultural y desigualdad social.....	42
Los usos del patrimonio	45
Los propósitos de la preservación.....	48
El patrimonio en la época de la industria cultural.....	52
Los criterios estéticos y filosóficos.....	55
En el arte, 56; En las artes populares, 57; En el patrimonio cultural tradicional, 58	
Conclusión.....	60
IV.El patrimonio intelectual: un legado del pensamiento, por <i>Lourdes Arizpe y Maricarmen Tostado</i>	63
México: un combate de sombras	63
El lastre de las ambivalencias	64
Época mesoamericana	66
La filosofía náhuatl en la poesía y el canto.....	66
El hombre: un rostro y un corazón	68
La escritura mesoamericana	69
Época colonial.....	70
La introducción de la ciencia europea	71
El siglo XIX.....	73
Ciencia y positivismo.....	76
El siglo XX: 1900-1950	79
Los ideales agraristas	80
Iguala con la vida del pensamiento	81
Un pacto de alianza con la Revolución.....	82

La filosofía de lo mexicano	86
Bibliografía	89
V. Políticas para la preservación del patrimonio ecológico. Una visión regional, por <i>Efraín Villanueva Arcos</i>	91
La nueva relación hombre-naturaleza	91
Los nuevos estilos del desarrollo	95
Turismo y ecología	101
Educación y conciencia ecológica	106
Conclusiones	114
VI. El patrimonio paleontológico, por <i>Joaquín García-Bárcena</i>	117
La paleontología y el patrimonio paleontológico	117
Notas acerca del desarrollo de la paleontología en México	119
El patrimonio paleontológico como conjunto de interés nacional y propiedad de la nación	122
El patrimonio paleontológico en comparación con el patrimonio arqueológico	122
El Instituto Nacional de Antropología e Historia y el patrimonio paleontológico	124
Propuesta para la aplicación de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas al patrimonio paleontológico	124
Bibliografía	127
VII. Elementos para la elaboración de una política de conservación del patrimonio arqueológico, por <i>Enrique Nalda</i>	129
Implicaciones de una definición	131
El dato histórico y el patrimonio arqueológico	133
La prioridad de la defensa del patrimonio arqueológico	135
El patrimonio arqueológico, la degradación y dignificación de las zonas arqueológicas y el turismo	139
La conservación del patrimonio arqueológico y la modernización	142
VIII. La creación del Museo Nacional de Antropología y sus fines científicos, educativos y políticos, por <i>Enrique Florescano</i>	145
Antecedentes coloniales del museo y la conservación de documentos históricos y monumentos arqueológicos	145
Fundación y desarrollo del Museo Nacional en el siglo XIX	150
El nacionalismo y la nueva concepción del Museo Nacional de Antropología	158
Bibliografía	162
IX. La visión actual del patrimonio cultural arquitectónico y urbano de 1521 a 1990, por <i>Sonia Lombardo de Ruiz</i>	165
Introducción: el concepto actual de monumento histórico	165
La conformación del patrimonio cultural	166

La formación del Estado-nación y la identidad cultural, 166; Inclusión de los monumentos históricos al patrimonio cultural, como proyecto del Estado nacional posrevolucionario, 174	
Los monumentos históricos como patrimonio económico	177
El patrimonio cultural como parte de un proyecto económico, 177; Los monumentos históricos como propiedad privada, 178	
Arquitectura y ciudad como objetos culturales	178
El objeto cultural como objeto de estudio, 178	
La volaración del patrimonio cultural	181
El valor histórico y el valor estético de los monumentos, 181	
La evolución de las formas de conservación	182
El gran ausente, 182	
La técnica de la restauración	183
La respuesta a una demanda ideológica, 183	
Técnicas para la conservación de las zonas de monumentos históricos	183
Planificación y revitalización, 183	
Pérdida y destrucción del patrimonio cultural	185
Agentes físicos de la destrucción, 185; Factores sociales de la destrucción, 186	
La destrucción del patrimonio arquitectónico y urbano por factores económicos	187
La protección del patrimonio arquitectónico y urbano	190
La protección legal, 190	
Las instituciones para la conservación de los monumentos históricos	195
El Instituto Nacional de Antropología e Historia, 195; La Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología, 201; El Consejo del Centro Histórico, 202; Los organismos no gubernamentales, 205; Asociaciones civiles, 207; Asociaciones religiosas, 207; El Programa de Renovación Habitacional Popular y los monumentos históricos, 208	
Conservación y sociedad	209
Estado y sociedad, 209; Sociedad y Estado, 213	
Perspectivas de desarrollo	213
Bibliografía	215
X. Las artesanías en México, por <i>Victoria Novelo</i>	219
Artesanías, sociedad y cultura	219
Las artesanías en la sociedad mexicana	224

El descubrimiento de las artesanías	227
Los cambios en las artesanías	231
Formas de producción de artesanías	236
La forma familiar de producción artesanal, 236; El taller individual, 238; El pequeño taller con obreros, 239; La manufactura, 240	
Artesanos y artesanías	240
Bibliografía	245
XI. Televisión y conciencia: los nervios de la cultura nacional en la puerta del siglo XXI, por <i>Javier Esteinou Madrid</i>	247
La pérdida del timón	247
Balance de nuestros ojos sociales	250
¿Desde dónde construir el nuevo oxígeno cultural?	252
¿Qué hacer culturalmente antes del nuevo milenio?	260
XII. Cine y fotografía como patrimonio cultural, por <i>Alfonso Muñoz Jiménez</i>	265
Bibliografía	281
XIII. El libro en la vida cultural de México, por <i>Luis González</i>	285
Cuando las letras eran patrimonio exclusivo de una élite	285
El ingreso de la clase media en la cultura literaria	288
El libro y el pueblo	292
Pueblo atrapado por ruidos, imágenes y letras	295
Perspectivas futuras del patrimonio librario	298
XIV. Las lenguas indomexicanas: el arte colectivo del pensamiento, por <i>Thomas C. Smith Stark</i>	303
Bibliografía	315
XV. Políticas culturales y descentralización, por <i>Alejandro Ordorica Saavedra</i>	319
XVI. La participación de la sociedad civil en los programas culturales, por <i>Margarita Loera Ch. de Esteinou</i>	325
Un modelo de participación civil en los programas culturales ..	327
El trabajo rutinario, 328	
El contenido de los programas	331
La reconstrucción de la historia local, 331	
El patrimonio cultural de los pueblos y etnias	334
La difusión cultural	337
La actividad cultural como patrón organizador del cambio social	341
Jerarquización de problemas	343

APÉNDICES

1. El patrimonio cultural de México. Marco internacional de referencia, por <i>Salvador Díaz-Berrio Fernández</i>	349
Introducción	349
I. Organismos internacionales	349
1. La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), 349; 2. El Centro Internacional de Estudios para la Conservación y Restauración de los Bienes Culturales (ICCROM), 352; 3. El Consejo Internacional de Museos (ICOM), 355; 4. El Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS), 357; 5. El Comité Internacional de Fotogrametría Arquitectónica (CIPA), 360; 6. El Instituto Internacional de Conservación (IIC), 361; 7. Otros organismos, 363	
II. Organismos regionales americanos	364
1. La Organización de Estados Americanos (OEA), 364; 2. El centro del INAH en Churubusco en relación con la formación internacional, 368	
III. Las convenciones y tratados	371
1. La Convención de 1954 en La Haya, 371; 2. La Convención de 1970 en París, 372; 3. La Convención de 1972 en París, 374	
IV. Las recomendaciones internacionales	375
Convenciones y principales recomendaciones de la UNESCO	377
Convenciones, 377; Recomendaciones, 378	
Referencias a publicaciones	378
2. El objeto jurídicamente tutelado por los sistemas de protección del patrimonio cultural y natural de México, por <i>Raúl Brañes</i>	381
Los nuevos campos de la protección jurídica: el patrimonio cultural y natural de la nación	381
Las relaciones entre el patrimonio cultural y el patrimonio natural	382
Los antecedentes históricos de la protección jurídica del patrimonio cultural de México	384
Los antecedentes históricos de la protección jurídica del patrimonio natural de México	388
Una visión de conjunto de los sistemas jurídicos vigentes para la protección del patrimonio cultural y natural de México	392
El objeto jurídicamente tutelado por los sistemas de protección del patrimonio cultural y natural de la nación: la idea de patrimonio	395
El concepto jurídico de patrimonio cultural de la nación	396
El concepto jurídico de patrimonio natural de la nación	400

- Hacia una revisión del objeto jurídico de la protección del patrimonio cultural de México..... 402
3. Notas para una historia del estado y la demanda social en la preservación del patrimonio cultural (México, 1910-1980), por *Augusto Urteaga*..... 407

XI. TELEVISIÓN Y CONCIENCIA: LOS NERVIOS DE LA CULTURA NACIONAL EN LA PUERTA DEL SIGLO XXI

JAVIER ESTEINOU MADRID

LA PÉRDIDA DEL TIMÓN

TRADICIONALMENTE la reflexión y el diseño de las políticas culturales en México se han caracterizado por considerar las problemáticas referentes al campo educativo, museográfico, arqueológico, etnográfico, operístico, dancístico, musical, literario, etc., pero sistemáticamente se ha marginado la inclusión de los medios de comunicación en este campo. Esta grandísima omisión, por una parte, ha reflejado la existencia de una laguna esencial del sector pensante del país y por la otra, ha provocado una enorme contradicción entre lo que se siembra mentalmente por la mañana y lo que se destruye cognoscitiva y afectivamente por la tarde y por la noche.

Así, en primer término, cuando el sector intelectual del país esboza las políticas culturales sin la incorporación de los medios modernos de comunicación, lo que traza es sólo la sombra del problema, y no la esencia de la realidad que vivimos en la sociedad mexicana de los noventa. Es decir, al no considerar la presencia de los medios electrónicos de comunicación en estas reflexiones lo que se aborda es la realidad cultural del México del siglo XIX, en el que no existía la comunicación de masas, y no la de finales del siglo XX, que es la que hoy vivimos. Pues si algo ha cambiado tajantemente la realidad ideológica del país, después de la conquista española, la acción de la Iglesia y la intervención del aparato educativo en nuestra sociedad, es la presencia de los medios electrónicos de información. Más aún, podemos decir que existen, bien definidas, una mentalidad, una sensibilidad y una imaginación nacional antes y después de la aparición de los medios de comunicación, particularmente de la radio y la televisión.

En segundo término, al pasar por alto la existencia de esta realidad elemental, se ha permitido flagrantemente que la sensibilidad que el Estado mexicano, con muchísimos esfuerzos y a través de la Secretaría de Educación Pública, la Red Nacional de Bibliotecas, el Sistema Global de Museos, el Programa Cultural de las Fronteras, la cobertura del Instituto Nacional de Bellas Artes, los circuitos de muestras teatrales, las casas de la cultura, el conjunto de zonas arqueológicas, la acción del Libro de Texto Gratuito, etc., siembra por la mañana en las conciencias de niños, jóvenes y adultos, sea borrada al atardecer a través de los avanzados canales de comunicación, particularmente de la televisión. Es decir, lo que nace y se construye por la mañana, se destruye y entierra por la noche.

Con ello, el sector "intelectual crítico" del campo cultural, paradójicamente, ha ignorado que la participación de los medios de comunicación dentro de la esfera ideológica de la sociedad mexicana no sólo representa la radical transformación de la estructura misma de nuestra sociedad civil, sino que el fenómeno más relevante que se ha producido es la creación de una nueva dimensión ideológica del Estado nacional, por la vía de la moderna extensión cultural de éste a través de los medios de información. Es decir, con la presencia de los medios de comunicación, y en particular de la televisión, el Estado mexicano ha sufrido una gran mutación en su esqueleto cultural, pues las tareas de construcción, dirección y cohesión ideológica que realiza han entrado en una fase de extensión geométrica que ha originado una nueva faceta del poder nacional: la existencia del Estado Ampliado Mexicano (EAM).¹

La especificidad de este flamante Estado Ampliado en nuestra república se caracteriza porque, mediante los apoyos tecnológicos que le brindan los canales de información, ha conquistado una nueva capacidad orgánica para realizar de manera más competente las funciones culturales que debe cumplir como instancia rectora de la sociedad. Por ello, el nacimiento y la expansión de esta nueva zona del EAM se encuentran en íntima correspondencia con la evolución y organización que adopta cada nuevo sistema y proceso de comunicación que aparece en nuestro territorio.

La presencia de este moderno EAM ha producido en los últimos 70 años un silencioso pero drástico cambio en la correlación de fuerzas culturales que delinean el proyecto ideológico del país, pues ha posibilitado la rápida y fuerte acción de nuevos grupos en la esfera cultural: el sector privado y el sector trasnacional. Así, las fracciones monopólicas privadas supranacionales, en el menor tiempo ocupado en toda la historia de México para propiciar un cambio mental, han construido e internalizado en la población un proyecto diferente de sociedad cultural al que durante décadas ha planteado el tradicional Estado nacional.

De esta manera, la capacidad de educación y de dirección ideológica de la sociedad que ganó el Estado mexicano por medio de las armas en la Revolución de 1910, la ha perdido hoy aceleradamente por no aplicar un control cultural sobre los medios electrónicos de comunicación. Esto es, el espíritu, la utopía y la visión del hombre nuevo que creó el movimiento insurgente de principios de siglo, se perdió rápidamente por la institucionalización que el Partido Revolucionario Institucional (PRI) hizo de éste y porque el proceso de industrialización que surgió en el país desde 1920 creó, primero a través de la radio y después de la televisión, una

¹ Para una revisión más profunda del problema de la ampliación de las funciones culturales y educativas del Estado a través de los medios de comunicación, véanse nuestros trabajos titulados "Los medios de comunicación y el Estado Ampliado", publicados en *Excelsior* del 3 al 8 de julio de 1988, p. 4; "Los medios de comunicación y la metamorfosis de la sociedad civil", en *Comunicación y Cultura*, núm. 13, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, marzo de 1985, y "Las tecnologías de información y la confección del Estado Ampliado", en *Revista de la Facultad de Comunicación Social*, núm. 6, vol. 4, Universidad Autónoma de Bucaramanga, Colombia, 1985.

nueva esperanza que se denominó "consumo" y que con el tiempo se convirtió en la moderna religión que hoy vivimos compulsivamente.

Esto significa que, sin que el aparato escolar del país haya anulado su acción, la principal fuerza educativa que guía a nuestra sociedad ha sido desplazada del tradicional sistema educativo a la red de los medios de comunicación de masas. Por ello, hoy día, la verdadera dirección ideológica de nuestra sociedad, en lo fundamental, ya no construye cotidianamente desde el aula, sino desde los canales de información colectivos, y particularmente desde la televisión.

Con este modelo mental que se introduce mediante el desarrollo tecnológico de la radio y la televisión, se acelera el rompimiento de la reproducción del árbol genealógico cultural con lo nacional; es decir, la continuidad ideológica de la familia trigeracional compuesta por la relación que se establece entre hijos-padres-abuelos —que ha sido el principal sostén humano de este país en los últimos 400 años— acelera su rompimiento interno al atravesarse los medios electrónicos de comunicación como nueva variable mental y afectiva que interfiere en las relaciones humanas que se establecieron libremente entre abuelos-padres-hijos. Así, en menos de una generación se han sembrado masivamente en nuestras conciencias las raíces de lo trasnacional norteamericano, al grado de que hoy podemos decir, al estilo de Carlos Monsiváis, que ya se tiene la primera generación de estadounidenses nacidos en México; esto es, en nuestro interior ya ondean gran parte de las estrellas y barras de la bandera norteamericana, pues se ha perdido rápidamente la memoria, se han roto los lazos con nuestros procesos históricos, y en menos de cuatro décadas se ha empezado a adquirir la memoria de lo multinacional.

Por ello, aunque el Estado nacional cada día se esfuerza por ser más Estado en el terreno de las relaciones económicas, internacionales, políticas, ecológicas, laborales, productivas, etc., en realidad, en última instancia, cada vez es menos Estado, porque ha perdido la capacidad de conducción moral de nuestra sociedad. En este sentido, en términos culturales el sector privado del país, controlador de los medios de comunicación, cada día es más el verdadero Estado mexicano, y el Estado formal, cada vez es menos rector nacional. Es decir, en las últimas décadas las corporaciones privadas de medios de comunicación han sido las verdaderas secretarías de Estado que han producido el principal intelecto y la emoción colectiva que ha cohesionado al país, y no el aparato cultural del gobierno.

Ante esta realidad comunicativa cotidianamente observamos la presencia de un Estado mexicano cada vez más débil, porque es profundamente apolítico, pues va en contra de la propia raíz de la política, que es interesarse por la *polis*, es decir, por la ciudad, o sea, por lo colectivo; en una palabra, por el hombre.

Por eso, para corregir la dirección del espíritu nacional, hoy es estratégicamente fundamental incluir el lugar que ocupan los medios de comunicación electrónicos y particularmente la televisión, en el examen, el diseño y la realización de las políticas culturales, pues desde estos medios se está construyendo cotidianamente, con mayor fuerza, el proyecto

mental de la república. Dada la pérdida de rectoría cultural de la sociedad mexicana por parte del gobierno, actualmente, es razón de Estado el que éste planifique los medios de comunicación para el desarrollo del país. Hay que considerar que debido a la aceleradísima crisis global que vivimos, de nada servirá intentar corregir los pies económicos, los brazos tecnológicos, las manos laborales, el estómago agropecuario, los pulmones ecológicos del país, etc., si no modificamos el alma que le da vida a nuestra sociedad, pues el cuerpo, tarde o temprano, se volverá a desmoronar, y cada vez con mayor profundidad.

BALANCE DE NUESTROS OJOS SOCIALES

A partir de la introducción de la televisión en México, en la década de los cincuenta, ésta adopta el modelo comercial de desarrollo de la televisión norteamericana y enmarca mayoritariamente su funcionamiento bajo el régimen de concesión privada, mismo que conserva hasta nuestros días. Dentro de este esquema comercial la televisión mexicana ha alcanzado su mayor dinámica de expansión e influencia sobre la cultura nacional. Sin embargo, a pesar de que se sabe que la televisión privada dirige básicamente la formación de la cultura y el espíritu colectivo de nuestro país, creemos que por su naturaleza concesionada a fines empresariales de lucro, más allá de la rigurosa aplicación de la reglamentación legal y la ejecución de otras acciones correctivas menores, poco se puede realizar a corto plazo para modificar su funcionamiento negativo sobre la mentalidad de nuestra nación. Ello a menos que ocurran cambios drásticos en el terreno político que permitan modificar el actual sistema televisivo de la república, o que los directores de ésta modifiquen su mentalidad y sensibilidad y acepten que el único sentido final de poseer el grandísimo poder global que les otorga el controlar la televisión, es propiciar el crecimiento de los seres humanos, no su hundimiento.

Contraria y paralelamente a esta realidad, y de manera muy tardía, a finales de la década de los sesenta aparece la televisión pública en nuestro territorio. Su lenta incorporación al panorama cultural de la nación provoca que la televisión estatal emerja y madure con una personalidad social poco definida, con menor experiencia audiovisual, reducido apoyo económico, bajo nivel de credibilidad en el auditorio, proyecto cultural confuso, mayores presiones burocráticas, menor cobertura geográfica de influencia, grandes contradicciones en sus líneas de dirección, etc. Sin embargo, pese a estas realidades, considerando el actual panorama estructural de las industrias culturales audiovisuales en la república mexicana, la televisión de Estado, a diferencia de la televisión privada, es un espacio más susceptible de ser transformado por la acción de la sociedad civil para contribuir a cambiar la inteligencia del país frente a los grandes problemas nacionales que nos agobian.

Por ello, en un clima de incredulidad hacia nuestros proyectos de desarrollo nacional, de devaluación acelerada de nuestra moneda, de desgaste de nuestras instituciones gubernamentales, de deterioro agudo de

nuestro poder adquisitivo, de profunda desilusión civil, de relevo de nuestros poderes públicos, de depresión psíquica de nuestro estado de ánimo, de estancamiento de la economía mexicana, de reconversión industrial, de agotamiento de nuestro modelo de crecimiento hacia adentro, de enorme desorganización ciudadana, de erosión del consenso sobre la dirección nacional, de colapso del sector agropecuario, de deterioro de las relaciones humanas, de desgaste del discurso oficial, de apolillamiento de nuestras palabras, pero también de esfuerzos importantes del Estado mexicano por incrementar el nivel de vida de la población, nos preguntamos: ¿qué hicieron las empresas estatales de televisión, a través de sus políticas culturales, por atenuar la crisis de la población mexicana en los seis años de gobierno del presidente Miguel de la Madrid?

A riesgo de ser injustos podemos decir, en términos generales, que en comparación con la gestión del régimen del presidente López Portillo, en la administración gubernamental pasada la televisión de Estado alcanzó avances importantes. Dichos progresos se dieron en el terreno administrativo, financiero, cultural, legal, participativo, tecnológico y otros más.²

Sin embargo, no obstante los éxitos conquistados en diversos campos, también podemos decir que, salvo algunas excepciones, la información televisiva que ha producido y difundido este proyecto cultural del gobierno no se ha dedicado sustantivamente a crear conciencia sobre las principales necesidades de la población mayoritaria del país, las cuales debemos satisfacer para sobrevivir. Es decir, creemos que la televisión, tanto la pública como la privada, continúa desvinculada del análisis sistemático de los grandes obstáculos que impiden el desarrollo nacional y de la difusión constante de las posibles respuestas para cada rama de nuestro crecimiento interno.

En este sentido, la televisión sigue funcionando como cerebro colectivo divorciado de las necesidades del cuerpo social, pues mientras cotidianamente vivimos una profunda crisis socioeconómica, que está por convertirse en severo conflicto político, la televisión nos orienta a pensar, prioritariamente, en el triple eje cultural del consumo, los deportes y las ideologías del espectáculo. Sólo ocasionalmente nos conduce a reflexionar y a sentir los problemas centrales de nuestra sociedad. Esto es, la problemática nacional en general no pasa por la televisión, lo cual ha provocado la existencia de un modelo de funcionamiento esquizofrénico entre lo que difunde e inculca la programación televisiva y las necesidades o realidades que se viven cotidianamente en la sociedad mexicana.

Es tan grande la oposición entre la información que transmite la televisión y la crudeza de la vida real que soporta la población mayoritaria del país, que se ha creado un abismo entre los mensajes que se difunden televisivamente y lo que se experimenta en la vida diaria. La evidencia de los antagonismos entre cultura televisiva y realidad nacional son tan

² Para ampliar este panorama véase nuestro trabajo *Hacia la primavera del espíritu nacional: Propuesta cultural para una nueva televisión mexicana*, Programa Cultural de las Fronteras-Fundación Manuel Buendía, A. C., México, 1989.

abundantes que atraviesan el terreno ecológico, la dimensión rural, el campo de la salud, el área de la sociedad civil, las relaciones internacionales, el panorama económico, el horizonte educativo, el rubro de la alimentación, la situación de la niñez, el renglón del alcoholismo, la infraestructura de la identidad nacional, la desertificación del país, la carestía ascendente, la cuesta de enero, el desempleo y muchos temas más.³

Por ello, en este marco de crisis profunda del país, debemos preguntarnos qué deben hacer las estaciones de radiodifusión públicas frente a sus auditorios para impulsar un proyecto de superación nacional.

¿DESDE DÓNDE CONSTRUIR EL NUEVO OXÍGENO CULTURAL?

A diferencia de la estrategia mercadológica o hollywoodense, que concibe a los receptores como meros consumidores reales o potenciales diferenciados por estratos de ingresos, y que ha sido enormemente asimilada por los modelos mexicanos de televisión, creemos que las televisoras de Estado deben comprender a sus auditorios como complejos sectores humanos enmarcados por múltiples problemáticas que deben resolver para sobrevivir: educativas, laborales, económicas, habitacionales, étnicas, nutricionales, lingüísticas, políticas, etc. Es decir, deben ser abordados como sectores que se encuentran en distintas fases de desarrollo económico, político, social y cultural, y no como meros receptores pasivos de información y decisiones centrales.

Por tanto, desde esta perspectiva, los medios audiovisuales deben funcionar frente a sus públicos como tecnologías culturales capaces de producir cargas informativas y atmósferas emotivas que pueden generar conciencia para enfrentar las contradicciones que impiden su progreso. En otras palabras, las televisoras deben actuar como instrumentos culturales de desarrollo nacional y regional, a través de la distribución de sensibilidades y conocimientos especializados por zonas de conflictos, y no como empresas aisladas productoras de abundante información parasitaria, desvinculada de las urgentes necesidades municipales y estatales donde aquéllas actúan. En la última década los diversos grupos sociales y políticos de la sociedad mexicana han hecho hincapié en esta demanda.

Esto implica que las televisoras de Estado, como mediadoras culturales entre el gobierno y la sociedad, deben elaborar y difundir diversas subjetividades y sensibilidades sobre nuestros obstáculos de desarrollo, gestar un ágil y permanente proceso de transformación de las estructuras mentales de la población frente a los grandes problemas nacionales y regionales que le impiden crecer. Ello exige que las televisoras públicas —junto con otros aparatos culturales— formen mediante su programación una neocorteza cerebral de conocimientos y sentimientos que permita a los televidentes armonizar coherentemente sus acciones colec-

³ Para profundizar sobre este punto véase *Hacia la primavera del espíritu nacional...*, *ibid.*

tivas como parte de la sociedad, con las urgentes necesidades nacionales de crecimiento que debemos satisfacer para prosperar. Hoy día el mayor problema del país no es el pago de la deuda externa, ni el alto desempleo, ni la aguda inflación, ni la avanzada contaminación, ni la agobiante carestía, ni la falta de vivienda, sino nuestra transformación mental y emotiva como sociedad frente a nuestros conflictos de crecimiento para poder resolverlos.

Esto requiere crear un nuevo proceso de educación cotidiana de nuestras inteligencias y sentimientos para adquirir, a través de las televisoras, mayores márgenes de claridad y sensibilidad colectiva sobre nuestras demandas de desarrollo y sus respectivas salidas. Tenemos que dejar atrás ese proyecto televisivo narcotizante y fugaz que, en el mejor de los caos, informa sobre algunos hechos, y dar paso a un proyecto de televisión que nos sensibilice sobre nuestras necesidades de desarrollo y movilice a la sociedad para satisfacerlas. Ello implica producir, para cada momento de nuestro crecimiento, una ecoconciencia que nos permita ampliar nuestros horizontes de conocimientos y sentimientos individuales hacia una nueva macrovisión que supere nuestros límites de lo posible y nos permita regresar al ciclo vital —de la vida y de la naturaleza— del que nos hemos alejado tanto.

Esta moderna reeducación cotidiana exige reducir la gigantesca distancia entre la información y la afectividad que hoy producen las televisoras públicas, por un lado, y las necesidades de desarrollo que enfrenta nuestra sociedad para afianzarse como nación, por el otro. La televisión de Estado tiene que convertirse en un instrumento activador del desarrollo de la sociedad, no retrasarlo. La televisión pública puede posibilitar el avance acelerado en la ampliación de nuestra conciencia a ritmos mayores que los logrados en décadas anteriores, para llegar a ser una sociedad superior, antes que una simple masa inferior de habitantes.

Por lo anterior, creemos que una televisión pública que no fomente en la población un permanente proceso emotivo y racional que nos conduzca al análisis y a la autocrítica para regresar a nosotros mismos como personas, como familia, como barrio, como delegación, como municipio, como Estado, como región, como cultura, como nación y como humanidad, es una televisión que no generará un avance en sus auditorios, pues propiciará que nuestra conciencia y afectividad continúen evadiéndose de la realidad concreta, lo cual impedirá enfrentar los obstáculos que debemos sortear para poder crecer. Esto fomentará que la gigantesca energía colectiva del país siga dispersándose mediante los ciclos ideológicos del desperdicio mental que erosionan salvajemente la formación de nuestra identidad nacional y que, por lo tanto, prosiga el derroche de este monumental recurso psíquico de nuestra sociedad. ¿De qué nos sirven los desarrolladísimos ojos de la televisión, si a través de ellos no podemos mirar a México, ni tampoco nuestra conciencia colectiva?

Hay que considerar que los problemas de nuestra sociedad sólo podrán resolverse en la medida en que colectivamente adquiramos conciencia racional y emotiva de su existencia. La televisión debe optar por

la vida, no por la muerte del país: si no forma conciencia sobre los conflictos nacionales, se inclina por la muerte de nuestra sociedad.

Para desentrañar la relación entre el funcionamiento de las televisoras públicas y la solución de los más relevantes problemas nacionales, y construir este proceso afectivo y racional en el interior de la república, debemos empezar por dar respuesta a algunas de las siguientes preguntas: hoy día, ¿qué información deben generar las estaciones de televisión frente a los requerimientos de desarrollo de sus públicos? ¿Qué mapas mentales habrán de crearse en las próximas décadas de la crisis nacional? ¿Qué actitudes colectivas conviene fomentar en los ciudadanos para atenuar la caída vertical del país? ¿Qué valores es necesario interiorizar para que los mexicanos nos sintamos seguros de ser mexicanos? ¿Qué sensibilidad hay que despertar para fortalecer la cohesión de nuestro Estado-nación? ¿Qué ciclos culturales es preciso transmitir para rescatar la identidad regional?

¿Qué clase de información hay que distribuir en los hogares mexicanos para alcanzar un crecimiento sostenido de 3.5 a 4%, como pretende el gobierno mexicano? ¿Qué conductas grupales cabe despertar frente al surgimiento de la nueva Revolución industrial, ahora denominada reconversión industrial, que cambiará radicalmente la estructura de nuestra sociedad? ¿Qué tipo de realidades deben difundirse cuando el modelo de desarrollo que ha sostenido a la sociedad mexicana en los últimos 60 años ya se ha agotado y la era del petróleo ya vislumbra su fin? ¿Cómo construir, a través de la televisión, un Estado-nación más sólido que se pueda enfrentar al nuevo proyecto trasnacional del capital financiero que presiona para debilitar a nuestro gobierno? ¿Qué clase de información debe fomentarse en las inteligencias del país para despetrolizar la economía mexicana y vivir lo más justamente esta etapa de transición energética y social por la que atravesamos?

¿Cómo convocar, a través de la televisión, a los principales sectores del país alrededor de un solo proyecto de crecimiento que le dé nueva fuerza histórica al Estado mexicano? ¿Qué políticas culturales debe promover la televisión, ahora que la tasa anual de inflación está desmoronando las tradicionales instituciones sociales de nuestra comunidad? ¿Qué informaciones es necesario producir y cómo hay que distribuirlas en el país para que tengan un efecto multiplicador favorable en los centros neurálgicos que generan el desarrollo nacional? ¿Cómo nos pueden ayudar los espacios televisivos a disminuir la creciente tensión provocada por la insatisfacción de los mínimos de bienestar social? ¿Qué clase de programación ha de ofrecer la televisión a nuestra sociedad, cuando sabemos que después de 480 años de fundado el país, apenas en 1987 hemos alcanzado como promedio básico de conocimiento el 6º año de primaria? ¿Qué tipo de anuncios publicitarios deben existir en nuestro país, si se sabe que para 84 millones de habitantes que viven en la república mexicana, sólo existen 1 800 bibliotecas públicas? ¿Qué tipo de cultura nacional debe formar la televisión, cuando sabemos que es urgentísimo aumentar en siete millones de hectáreas las fronteras agrícolas del país para resolver las necesidades de alimentación de la población nacional en los

próximos siete años de vida? ¿Qué clase de cultura ha de impulsar la televisión cuando en una década, de 1977 a 1987, la participación del trabajo en la formación del producto interno bruto se ha reducido en 63.5%, lo que significa que el trabajador de salario mínimo ha laborado gratis, por lo menos, durante cinco años y medio?

¿Qué carácter deben tener las telenovelas, cuando nuestra sociedad termina este sexenio de gobierno con más de 17 millones de desempleados y de ahora hasta el año 2000 se tendrán que crear, por lo menos, un millón de empleos anuales para satisfacer la demanda básica de la población? ¿Qué clase de *spots* promocionales habrán de difundir de hoy en adelante las televisoras de Estado, para gobernar civilizadamente al Distrito Federal, la ciudad más grande del mundo, que para finales de siglo tendrá 26 millones de habitantes y el valle de México 35 millones? Ante el umbral del gran cambio tecnológico en el que estamos, ¿qué cargas culturales es necesario producir para que avance la reconversión industrial?

¿Qué concepciones debe difundir la televisión para impulsar un proyecto económico que permita producir para crecer internamente, no para pagar apenas los intereses de la impagable deuda externa de más de 112 000 millones de dólares?

Creemos que la vía para lograr esto debe partir de la definición de los grandes problemas nacionales que actualmente impiden el progreso de nuestra sociedad. Por ello, ante esta situación debemos preguntarnos qué deben hacer y qué pueden hacer las televisoras de Estado para propiciar la resolución de los principales conflictos estructurales de nuestro desarrollo.

En términos generales, puede decirse que la información que hasta ahora ha elaborado y difundido la televisión nacional ha surgido, básicamente, de los intereses espontáneos, de las presiones burocráticas, de los requerimientos coyunturales, de las "relaciones amistosas", de decisiones improvisadas, del "estado de ánimo" de los conductores, de propuestas experimentales, de la lógica del jefe, de las presiones extremas de tiempo que impone la producción televisiva, de intuiciones "creativas", de oportunidades comerciales, de "compromisos contraídos", etc.; pero no ha emanado del examen profundo, sistemático, de las necesidades estructurales que afronta y que necesita satisfacer el proyecto de crecimiento de la nación. De aquí el gran abismo entre la cultura televisiva inculcada por las instituciones audiovisuales y las deprimidas condiciones de vida que soporta la población mayoritaria de los municipios del país.

Para no caer nuevamente en esta gravísima desviación es imprescindible, por una parte, que las televisoras estatales planifiquen orgánicamente la elaboración de su información audiovisual a partir del diagnóstico de las principales carencias que requiere resolver cada zona de desarrollo de la nación. En otras palabras, a través de las televisoras y de otros medios de comunicación, se deben producir distintos paquetes emotivos e informativos envueltos en todos los géneros audiovisuales atractivos —telenovelas, mesas redondas, series informativas, programas grabados, películas, series de concursos, videos espectaculares, etc.— cuyos contenidos generen una base de sensibilidad y conciencia

que permita enfrentar las diversas urgencias que encara cada comarca de la república mexicana. Esto significa que hay que elaborar, a través de la televisión, nuevas políticas de programación, y por lo tanto, de educación formal e informal de los públicos, que partan de la localización de los conflictos que determinan la vida de los auditorios.

Por otra parte, para abordar el progreso del país desde la televisión hay que generar, con anticipación a la presencia de los conflictos, un cotidiano proceso educativo de evolución de las mentalidades, y no esperar a que las contradicciones alcancen dimensiones críticas y desproporcionadas para que sean consideradas por las políticas informativas de las televisoras. Infortunadamente, ésta ha sido la tónica de funcionamiento generalizado que ha seguido la televisión mexicana: sensibilizar a la población por medio de la programación es algo que muestra un enorme rezago ante las inminentes necesidades de desarrollo que deben satisfacerse. Éstas se encaran sólo *a posteriori*, cuando son realidades que adquieren proporciones alarmantes que ya son muy difíciles de controlar por los órganos de gobierno establecidos.

Por ejemplo, el caos ecológico no se abordó en sus orígenes a través de la televisión, sino hasta que alcanzó la proporción de inversiones térmicas que redujeron la presencia del oxígeno para nuestras vidas. El problema del crecimiento demográfico no se enfrentó en sus inicios, sino hasta que la concentración humana en manchas urbanas exigió la urgentísima planificación de la natalidad. La descentralización nacional no se planteó en los comienzos de la aglomeración social, sino hasta que la aguda falta de dotación de servicios y empleo en las ciudades exigió volver los ojos al interior del país. El desperdicio del agua no se reclamó en su nacimiento, sino hasta que se agotaron los mantos acuíferos que nos dan la vida. La formación de una mínima cultura antisismos para el valle de México, requerida desde hace décadas por ser muy vulnerable esta región ante los movimientos telúricos, se ha preparado raquíticamente sólo después de los devastadores terremotos del 19 y 20 de septiembre de 1985. La generación de una amplia cultura sexual que incluyese el empleo de preservativos y otros métodos preventivos para evitar el embarazo y el contagio de enfermedades venéreas, requerida urgentemente desde principios de siglo, no se impulsó por la televisión a partir del surgimiento de este moderno medio de comunicación en los años cincuenta, sino hasta 1988, cuando apareció masivamente la moderna peste negra del siglo XX: el SIDA. El llamado a la solidaridad económica no se convocó ante los permanentes abusos de la clase gobernante, sino cuando la inflación llegó a 160% anual, con el consecuente deterioro del poder adquisitivo.

De lo contrario, de no efectuarse esta urgente y estratégica racionalización del flujo televisivo, se seguirán produciendo monumentales volúmenes cotidianos de información innecesaria que no se relaciona con las exigencias subjetivas que necesitan adquirir los públicos para resolver esas contradicciones materiales que desvían y atomizan las conciencias, evitando el avance social de los mismos y propiciando en consecuencia el retroceso humano.

Ante esta realidad, ¿qué sentido tiene que la televisión pública y privada inunde con 110 horas diarias, 770 horas semanales, y 3 080 horas mensuales los hogares mexicanos? ¿Qué le deja a la maltrecha sociedad mexicana la importancia de miles de contenidos visuales? ¿Qué le deja al país la difusión masiva de tantísima información desvinculada de nuestros principales problemas nacionales?

En la actualidad, nuestro país cuenta con la infraestructura de telecomunicaciones suficiente para provocar este avance de la sociedad mexicana. Por ejemplo, desde 1921 hasta la fecha la industria de la radiodifusión ha crecido a un ritmo de 7.7% anual, tasa superior a la de la expansión demográfica en este periodo. Incluso ha sido mayor a la de otras ramas de la comunicación más estratégicas para el desarrollo económico del país, como son los ferrocarriles, que en 71 años —es decir, desde la época posrevolucionaria de 1920 a la fecha— sólo han crecido 25%, con un tendido de 5 000 kilómetros de vías férreas.

Esta expansión vertiginosa de las telecomunicaciones ha generado en 60 años, en el terreno material, una gigantesca capacidad instalada de 16 100 kilómetros de microondas con 224 estaciones repetidoras y 110 terminales; dos satélites de difusión doméstica, los Morelos I y II, con 205 estaciones terrenas para televisión y radio —13 de las cuales son estaciones transreceptoras— y 27 más en proceso de instalación; 875 estaciones de radio, de las cuales 665 son de amplitud modulada —25 de ellas culturales— y 200 de frecuencia modulada —11 culturales—; 192 estaciones de televisión, de las cuales 78 funcionan en convenios con empresas privadas y 111 son operadas por los gobiernos de los estados con patronatos locales; cuatro canales de cobertura nacional —2, 5, 7 y 13—; 72 sistemas de televisión por cable; más de 16 000 videoclubes; 40 empresas dedicadas a la producción de videos, y más de 3 500 salas cinematográficas, que presentan aproximadamente 1 500 funciones diarias en el país.

En cuanto a la formación de recursos humanos en el campo de la comunicación, contamos con más de 60 escuelas, 15 000 docentes especializadas en esta área, 30 000 alumnos, y más de 100 000 profesionales formados en toda la república.

Por ello, a principios de siglo, ante la incipiente expansión de las comunicaciones masivas, no podíamos adquirir con rapidez nuevos estados de conciencia colectivos que nos permitieran evolucionar aceleradamente por los rumbos que exigía el cambio global de la sociedad prerrevolucionaria. Fueron los procesos de comunicación lentos y aislados los que, poco a poco, en la medida en que entraron en contacto unos con otros y se fecundaron entre sí, gestaron la visión de un cambio profundo de la sociedad mexicana que dio origen a la Revolución de 1910.

Por el contrario, ahora contamos con un avanzadísimo sistema de telecomunicaciones electrónicas que pueden propiciar una sistemática sensibilización a domicilio de las conciencias para crear las mutaciones necesarias que se requieren para posibilitar el urgente proyecto de sobrevivencia de la sociedad mexicana.

Por lo mismo, estamos convencidos de que las condiciones tecnológicas y de formación de recursos humanos para el cambio espiritual

del país ya están dadas. Lo que falta ahora es efectuar el trabajo político para lograr la reorientación del contenido de tales avances electrónicos a fin de impulsar el urgente salto mental que requiere nuestra sociedad.

De nada servirá el enorme esfuerzo administrativo, político, de innovación tecnológica, de capacitación de cuadros humanos, creativo, de organización, de movilización, etc., que exige el nuevo proyecto de televisión pública, si toda esta infraestructura no se enfoca al cambio de nuestra mentalidad sobre los grandes problemas nacionales. Si la televisión no sirve para esto, ¿qué sentido tiene su presencia en el país? Si la televisión sólo sirve para entretener, divertir, informar, pero no contribuye a la transformación humana de la población, ¿qué la puede justificar? Si la televisión no crea mayores niveles de conciencia colectiva sobre las trabas que impiden nuestro desarrollo, ¿cómo defender la ampliación tecnológica que durante más de cincuenta años ha logrado el Estado mexicano a través del tejido televisivo para llegar a la recámara, la sala y la cocina de todos los hogares mexicanos? Si no es útil para estos fines, ¿por qué no dar paso entonces a otras relaciones de comunicación más vitales, como son el encuentro familiar y los vínculos personales que tanto ha desplazado la presencia de la televisión?

En este periodo de descomposición acelerada por el que atraviesa nuestra sociedad, lo único que da sentido a la existencia de la televisión es aprovechar al máximo su gran potencial pedagógico para producir mayores niveles de conciencia colectiva sobre nuestros problemas, que nos sirvan para organizar a los municipios y delegaciones del país de manera que permitan recobrar los hilos perdidos del proyecto nacional y aminoren la crisis global que nos desintegra como nación. Por lo anterior, creemos que la razón de ser de la televisión mexicana y la justificación —si alguna tiene— de la presencia del Estado en ella, es la de colaborar, por este medio, en el propósito de conocer y sentir más nuestro país para adquirir mayores niveles de claridad que nos permitan hacerlo progresar, antes que contribuir a desmovilizar y dispersar a la sociedad a través de la permanente diversión espectacular y el entretenimiento fugaz.

Por lo mismo, estimamos que seguir utilizando mayoritariamente la televisión para el esparcimiento es como aceptar que las principales carreteras del país, que también son vías de comunicación estratégica, sólo se aprovechen para llegar a los centros vacacionales, de descanso, los cabarets, los clubes de golf, las canchas de tenis, etc., y que, por lo tanto, los transportes de carga, los automóviles de trabajadores, los vehículos oficiales, los automotores de negocios, los camiones de la industria de la construcción, etc., no deben circular por ellas.

Tenemos que entender que el monumental esfuerzo material hecho por la sociedad mexicana durante más de cincuenta años para desarrollar el sistema televisivo del país, no ha sido para destinar este estratégico recurso cultural a la promoción publicitaria o el esparcimiento nocturno, sino para utilizar estas herramientas en la educación y transformación mental del país ante sus grandes conflictos de crecimiento, uno de los cuales, en un porcentaje mínimo, es el entretenimiento.

Por lo anterior, consideramos que con la misma cantidad de técnicas, los mismos estudios, la misma iluminación, los mismos desayunos, el mismo presupuesto, los mismos memorandos, la misma saliva, las mismas calorías, etc., que se dedican hoy día para producir la televisión actual, mayoritariamente parasitaria, se puede generar una nueva programación que propicie el desarrollo del país: la información de contenido social coadyuva a la superación de nuestra sociedad, mientras que la comunicación que induce a fugarse de la realidad produce el retraso de nuestra nación. En el presente, lo que le falta al Estado mexicano para lograr a través de la televisión el avance mental de la sociedad frente a su crisis de desarrollo, son dos cuestiones: por una parte, elaborar una nueva concepción de la función orgánica que deben cumplir los aparatos audiovisuales frente a las exigencias del crecimiento social, y por la otra, una nueva voluntad política para lograrlo.

En la actualidad, en el terreno informativo hemos avanzado mucho en la innovación de las tecnologías de comunicación, en la forma especializada de transmitir los datos, en la manera de abordar casi exhaustivamente la vista y el oído a través de imágenes y sonidos, en la capacitación de cuadros altamente profesionales, etc.; pero el gran problema es que todavía no sabemos cómo utilizar los canales de difusión para contribuir a resolver los grandes conflictos que encaramos en cada fase de nuestra evolución histórica. Por ello, creemos que el proyecto de modernización de la televisión de Estado, reiteradamente solicitado por los sectores mayoritarios y representativos de la sociedad mexicana, no provendrá de la adquisición de nuevas computadoras visuales para descomponer el color, de la incorporación del sonido estereofónico a la señal auditiva, del aumento de la cobertura, del enlace instantáneo de la señal a todos los rincones de los municipios, de la introducción de nuevos lenguajes visuales en la pantalla, de la modificación del logotipo, etc.; se logrará, más bien, en la medida en que la televisión de Estado aborde el cambio de nuestras culturas cotidianas frente a los grandes problemas del país.

Por lo mismo, si consideramos que la televisión es la principal red educativa que existe en nuestra sociedad, la pregunta central sobre ésta no es cómo renovarla mediante la incorporación de nuevas tecnologías, sino cómo aprovecharla para la transformación mental de nuestra sociedad ante los principales obstáculos que le impiden crecer. La modernización del país no se logrará si no se construye, a través de la televisión, una nueva cultura ante nuestros dilemas de crecimiento.

Si los medios de comunicación no optan por la superación de los conflictos del país, ¿por qué la sociedad mexicana debe seguir pagando el funcionamiento parasitario de aquéllos? Como sociedad civil, necesitamos despertar de la oscuridad mental en la que hemos permanecido durante décadas y que nos ha impedido cobrar conciencia de que en cualquiera de las dos vías de financiamiento tradicionales de los medios, la mercantil o la del subsidio público, finalmente su funcionamiento lo pagamos los receptores: en el ámbito publicitario, porque el monto que se invierte en este rubro es cargado por las empresas como costo de producción al precio final de los productos que pagamos los consumidores;

en el subsidio gubernamental, porque los fondos provienen del erario público que se nutre con los impuestos que aportamos los ciudadanos. Por lo tanto, la operación de los medios de comunicación en el país, en cualquiera de sus modalidades, siempre la pagamos los espectadores. Por ello, la televisión tiene la obligación irrenunciable de atender las necesidades de elevación del nivel de vida de su auditorio.

¿QUÉ HACER CULTURALMENTE ANTES DEL NUEVO MILENIO?

Ante el panorama descrito, consideramos necesario hacer hincapié en que para afrontar el proceso de desmembramiento agudo que vive nuestro país, la televisión no puede seguir funcionando con los esquemas de "relativa estabilidad social" de hace 40 años. Hoy tenemos que pensar cómo nos puede ayudar este medio a dar un salto mental cualitativo de 50 años hacia adelante que nos permita madurar como sociedad y nos ahorre los enfrentamientos, los sufrimientos, las luchas, el autoritarismo y la represión que se vislumbran para las próximas décadas de la historia de México.

Por ello, es inaplazable la necesidad de que la televisión de Estado dé respuestas ante los grandes conflictos del país, pues el Estado mexicano se debilita cada vez más y cada día nos acercamos más al desbordamiento social.

Sabemos que lograr la transformación mental del país frente a nuestros grandes conflictos de desarrollo a través de las televisoras de Estado representa una empresa desafiante, y que existen grandes inercias culturales que se oponen a la evolución de nuestra conciencia colectiva; estamos conscientes de que son muchos los intereses políticos que destruyen esta misión; comprendemos que nuestro sistema económico nos impone límites mentales. Sabemos todo esto, pero también advertimos que, por poco que se pueda avanzar en esta línea, resulta preferible trabajar sobre este horizonte, a seguir permitiendo que la televisión frustre nuestra evolución humana despilfarrando nuestra energía por las permanentes trampas de valores que producen los ciclos ideológicos del desperdicio cultural. La sociedad mexicana posee gran cantidad de energía acumulada pero fragmentada; sólo se requiere encauzarla a través de proyectos culturales para dar nuevos pasos históricos que nos permitan superarnos como nación.

Las evidencias empíricas de la devastación parecen señalar que, más que avanzar en la base del desarrollo, que es la promoción del ser humano, hemos retrocedido, privilegiando la expansión material y tecnológica. Por ello, creemos que coadyuvar desde la televisión pública a descontaminar la atmósfera, a descentralizar la población nacional, a regenerar el ciclo ecológico, a racionalizar el uso de los recursos no renovables, a incrementar la producción, a elevar los mínimos de bienestar social, a generar empleos para la juventud, etc., en pocas palabras, a desarrollar la sociedad, no es romanticismo, pues todos estos objetivos constituyen medidas necesarias para nuestra supervivencia como seres humanos. Si

no actuamos ahora a través de la televisión para transformar nuestras mentalidades y estar más conscientes de nuestros problemas nacionales y de nuestras alternativas de solución como país, para el año 2000 heredaremos una sociedad mucho más inhumana y un territorio más inhabitable aún. Hoy la televisión pública tiene que ofrecer respuestas a los graves problemas de la nación.

Sin embargo, frente a este panorama, paradójicamente, encontramos que el gobierno mexicano ha tenido suficiente voluntad política para realizar la reforma económica, la reforma moral, la reforma educativa, la reforma jurídica, pero por razones inexplicables no ha mostrado decisión política para ejecutar la que a nuestro juicio es la modificación más importante de todas ellas: la reforma mental del país mediante la transformación del funcionamiento de los medios electrónicos de comunicación. En la década de los sesenta nuestra sociedad demandó la instauración de políticas de comunicación en el país; en los setenta, los principales grupos sociales de la república pidieron reiteradamente que se diese reconocimiento jurídico al derecho a la información; en 1983 la Consulta Popular sobre Medios de Comunicación exigió —por parte de más de tres mil sectores— la reforma profunda de la televisión; a lo largo del sexenio pasado y en lo que va del presente, numerosas organizaciones políticas, académicas y civiles han solicitado una y otra vez la descentralización de los medios de comunicación... En esta gestión política el Estado mexicano se ha interesado en resolver, en mayor o menor medida, el problema de la inflación; se ha ocupado en adelgazar el aparato gubernamental, con todo y el lastre que representa el pago de intereses de la deuda externa; se ha enfrentado al reto de la desconcentración industrial, el saneamiento de las empresas públicas, la ampliación de los servicios de salud, el fortalecimiento de nuestra política exterior, la modernización del abasto, la planeación urbana, etc.; sin embargo, el Estado mexicano no ha corregido, en lo fundamental, las grandes desviaciones culturales producidas por el manejo actual de los canales modernos de información, especialmente de la televisión.

Teniendo sobrada infraestructura comunicativa para lograr un avance notable en el cambio de nuestra mentalidad colectiva, una vez más el cerebro de nuestra sociedad se mantiene aletargado y su crecimiento evoluciona a un ritmo más lento que el que exigen las necesidades de desenvolvimiento de la población mexicana.

Ello significa que la transformación comunicativa del país es una necesidad más apremiante que la del pago de nuestra monumental deuda externa, pues lo que se produce mediante la modificación de ésta es en última instancia la liberación de la conciencia de los seres humanos, que mueve los órdenes establecidos por el poder. Una vez más, se confirma que la clase gobernante tiene mucho miedo al despertar de la conciencia de los nuevos grupos sociales. Es una idea: le causa pánico la libertad de los hombres.

Por ello, pensamos que el gran problema de nuestra sociedad en estos momentos no es el desgaste de nuestro proyecto de crecimiento hacia adentro, ni el abandono del sector agrario, ni el desprecio de la armonía

con la naturaleza, ni la renegociación de nuestra deuda externa estratosférica, ni la cada vez más aguda concentración demográfica en las ciudades, ni el desempleo de la juventud, etc., sino el agotamiento de nuestro modelo de imaginación, del cual se ha derivado la gran derrota del país ante lo transnacional y frente al proyecto interno de acumulación.

Es decir, la problemática que hoy vivimos la encaramos porque desde hace varias décadas empezamos a perder la imaginación de lo que queremos ser como nación y adoptamos gradualmente, sin darnos cuenta, otra personalidad que nos ha impedido llegar a ser el país que queremos. Por ello, nos ha faltado imaginación para reactivar el sector agrario del que comemos. A casi quinientos años de fundado el nuevo proyecto histórico de la sociedad mexicana después de la conquista española, tampoco hemos tenido imaginación para explotar creativamente las dos fronteras gigantescas que tenemos con el planeta: los océanos Pacífico y Atlántico. Asimismo, hemos carecido de la imaginación más elemental para conservar la gigantesca cantidad de recursos naturales, ecológicos, zoológicos, etc., que nos otorga el natural proceso de evolución del sistema solar; antes bien, los hemos destruido y los seguimos destruyendo. Por ejemplo, nuestro proceso de avance del "México moderno" ha destruido más de 7 000 especies de animales; ha erosionado más de 50% del territorio nacional; ha logrado que hoy, en el valle de México y en las principales ciudades "avanzadas" del país, tengamos un aire casi irrespirable, que se compone de 70% de nitrógeno y sólo 30% de oxígeno; ha provocado que más de 20 millones de jóvenes no encuentren empleo, pese a que la república tiene casi 2 millones de kilómetros cuadrados; ha ocasionado que anualmente se devasten más de 400 000 hectáreas de bosques; etcétera.

En pocas palabras, creo que, en última instancia, en la base de la sociedad mexicana no hay una crisis política, económica, social, ecológica, de productividad, de empleo ni de otro tipo, pues todas ellas son la sombra de una realidad más profunda. Vivimos, en cambio, una intensa crisis de imaginación nacional, y carecemos de la capacidad político-organizativa para resolverla. Los medios de información, y en particular la televisión, pueden desempeñar un papel decisivo para afianzar el desarrollo de una nueva imaginación o para obstaculizar su nacimiento.

En resumen, puede decirse que si en este sexenio no se implantan las políticas de comunicación de las televisoras nacionales partiendo de los principales conflictos que obstaculizan el desarrollo del país, se volverá a vivir la profunda contradicción entre la cultura nacional y el proyecto global que se ha arrastrado en las últimas décadas. Cada uno marchará por senderos distintos y aun opuestos: la cabeza avanzará por un lado y el cuerpo social por otro.

No podemos olvidar que la superación de la crisis nacional que hoy vive el país requiere la producción de un nuevo eje cultural, y en torno de éste deberá girar la renovación de los medios de comunicación nacionales, especialmente de la televisión.

Sabemos que ante el funcionamiento autoritario, la estructura vertical, la dinámica improvisada, el perfil eminentemente mercantil, su gestión

mayoritariamente acrítica, su desvinculación orgánica con las necesidades prioritarias de nuestra sociedad, su alto centralismo y la falta de voluntad política de nuestros gobernantes para transformar los medios audiovisuales; ante todos estos problemas que caracterizan la operación de la televisión en México, estas reflexiones están imbuidas de una gran utopía, pero también sabemos que por la utopía elemental del rescate y la conservación de la vida tiene sentido luchar apasionadamente.

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar el mes de agosto de 1993 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. (IEPSA), calzada San Lorenzo 202, 09830 México, D.F.

Se tiraron 2 000 ejemplares.

Tipografía y formación: *Angelina Peña Urquieta*,
del Taller de Composición del Fondo de Cultura Económica,
con tipos New Century de 12, 10:11, 9:10 y 8:9 pts. de pica.

Cuidó la edición *Guillermo Hagg*.

Esta coedición del CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES y el FONDO DE CULTURA ECONÓMICA ha sido coordinada por *María del Carmen Fariás*.